

---

# José Ortega y Gasset: Una biografía

---

*La lucha de Ortega contra Ortega es el eje en el que se sustenta la más reciente biografía del filósofo, en la que su autor profundiza en su abundante epistolario.*

ÁLVARO CORTINA

*JOSÉ ORTEGA Y GASSET*, DE JORDI GRACIA. COLECCIÓN ESPAÑOLES EMINENTES. TAURUS-FUNDACIÓN JUAN MARCH, MADRID, 2014.

En el género de la biografía, el más puntual y científico de los historiadores encuentra, necesariamente, el gran reto. Se trata de ofrecer un retrato, y esto es imposible sin la intuición simple del artista, porque una personalidad solo se reconoce desde otra personalidad. José Ortega y Gasset, pensador de la “razón vital”, no podía ser neutral en este punto. Ensayó, de hecho, esta especie de la historiografía en alguna ocasión, trasvasando los meros límites del género biográfico. Frente a la “incontinente datofagia”, según escribe en 1943, en torno a Velázquez, se debe tratar de plasmar la vida desde dentro. Ortega defiende en esas páginas que para trazar

“la forma de una vida”, se debe señalar lo que la persona tiene de vocación o ideal, por un lado, y la circunstancia, es decir, la *facticidad*. En este choque (al que se suman los azares), el proyecto se cristaliza. Frente al relato de la sucesión de datos del historiador, defendía Ortega el “drama”, la tensión vital. En sus páginas, propone un paradigma dinámico para adivinar la intimidad de las personas. Además, el biógrafo solo podría acceder al estilo de su personaje desde un estilo concreto. Un gran retratista de “estilo científico” es una fantasmagoría.

Creo que el catedrático de Literatura española de la Universidad de Barcelona, ensayista y crítico literario de *El País*, Jordi Gracia, ha tenido presente este reto con su prolijo trabajo biográfico sobre el filósofo madrileño. Escribe, por cierto, Gracia unas páginas interesantes sobre el autorretrato en Velázquez: este biógrafo ha estado muy atento a los posibles autorretratos enmascarados de Ortega, hombre tan público, tan expuesto, tan prolífico en opiniones, pero tan escurridizo y ambiguo. El libro más próximo, al menos morfológicamente, al de Gracia es la biografía de Javier Zamora Bonilla, *Ortega y Gasset* (Plaza Janés, 2002). Ambas procuran retratos globales, biográficos, rebosantes de industria documental y son parejas en extensión (Gracia, 687 páginas; Zamora Bonilla, 643). Si el texto de Zamora Bonilla contaba con una nutrida sección de notas (que no encontramos en esta biografía, según el criterio de la colección Españoles Eminentes), éste, recentísimo, de Gracia constituye un intento real de apresar la vida desde dentro: la fuerza y el rigor de su texto proviene del epistolario, de evidente predominancia en el relato. Hasta el punto de que, diría, se encuentran casi fusionados. Ortega es puesto ante el espejo: “Una vida es, por excelencia”, señala el pensador en su retrato del retratista de la corte de Felipe IV, “intimidad, aquella realidad que solo existe para sí misma y, por lo mismo, solo puede ser vista desde su interior”.

La relación con su padre, Ortega Munilla (personaje simpático, de quien se ofrece un esmerado retrato), sus un tanto difusos enamoramientos de Victoria Ocampo y de Tula, la Condesa de Bulnes,

ÁLVARO CORTINA

y el Ortega y Gasset público, líder, que se cartea a los 20 años con toda la gran cultura española, su delicadísima relación epistolar con su traductora al alemán, Helene Weyl, sus tres decisivos viajes a Argentina (1916, 1928, 1939), su proyecto de megafonía intelectual a Europa (centro absoluto de su pensamiento, y acaso de su imaginación y de sus euforias e inquietudes), palabras de Marañón, de Urgoiti, palabras del hijo, tramitando la vuelta del viejo Ortega en la terrible posguerra civil, y un vasto etcétera de palabras son parte de la trama del libro. El gran epílogo intitulado *'El verdadero secreto'* nos reconoce el muy honroso fracaso de *José Ortega y Gasset*: Ortega esquivó siempre el trato de intimidad, y eso, nos reconoce Gracia, se ha escapado. Ortega estuvo siempre vigilado por Ortega.

Las biografías de autores contemporáneos de Ortega como Baroja y Unamuno, tratados por José-Carlos Mainer y Jon Juaristi, precedentes en esta misma colección de Taurus, reflejan variedad de estilo, bagaje y perspectiva del retratista. Gracia ha sido muy inteligente: ha estado pegado a Ortega y ha relegado a un término secundario valoraciones sobre los varios campos en que su personaje buceó, de un modo desbordante y todoterreno como pocos. Gracia cita irónicamente a Ortega, "Hay gentes que quieren serlo todo" (O.C. III, 901)". La prioridad aquí es psicológica. De hecho, en los capítulos *'Escribir a otra escala'*, *'El maremoto alemán'*, *'En tierra de nadie'*, 11, 12 y 13 respectivamente, abunda en la compleja relación de dependencia de Ortega con respecto a la filosofía técnica (el maremoto Heidegger que admiró a sus adeptos Zubiri y Gaos) es tratado por Gracia con cautelas. No entra en valoraciones positivas (la cuestión ha sido muy ponderada desde la filosofía, con resultados dispares), sino que se mantiene en esta auto-percepción de Ortega. En su valor, diría, técnicamente biográfico. Posteriormente, en capítulos donde sí entramos de lleno en la especialidad de Gracia (Ortega y la cultura franquista, con Garragorri, Ridruejo, Laín, Marías... ¡esperaba correcciones al libro de Gregorio Morán!), tampoco cae en la tentación de abundar en erudiciones. No

se aparta de la casi inaprensible vida anímica de su protagonista.

El relato de Gracia da cuenta, con brío literario, de todo un mundo. Leo Frobenius y Spengler (humanistas inspiradores pero sin rigor filosófico, según Ortega), o Einstein (paradigma de “especialista”), Carmen de Yebes, *El Imparcial*, *El Sol*, la fructífera aventura de *Revista de Occidente*, veranos de lino blanco en Zumaya con Zuloaga a principios de los años veinte del siglo pasado, varios hogares del centro de Madrid con largos corredores, el gabinete con un paisaje de Darío de Regoyos y un caimán disecado de su primer viaje americano, la fiel cocinera Elisa, el tabaco y los coches descubiertos, la hipersensibilidad egomaniaca, escépticos como Ramón Pérez de Ayala y Juan Ramón, Gary Cooper y un balneario de Cauterets pululan por estas páginas. Influencias varias, de Costa a Renan, de Renan a Husserl. ¿Y el individuo? Su historia, su arco se traza desde “la gasa algodonsa que envuelve a Ortega desde niño” (pág. 43), lleno de promesas, con un comienzo glorioso, de nietzscheanismo aristocrático, catedrático en los periódicos con una trayectoria definida entre los desencuentros políticos y los consecuentes recogimientos filosóficos.

La ambigüedad, decía, también está en el retrato. Por un lado, estamos ante un hombre ególatra (mirando al ámbito español), casi un cacique cultural, pero por otro, con alguien indeciso (mirando a Europa) con respecto a su obra (pensemos en las brillantes páginas de trato con Weyl, en las páginas 422 y 423). Este “liberal sin sitio” (pág. 495) lideró la generación que supuso el salto de Krause a Nietzsche. Al mismo tiempo, carece su vida de los grandes encontronazos con el poder de un Unamuno. “Ni periodismo ni política o, mejor, periodismo y política sometidos a un plan más grave y alto” (pág. 103), podría ser su vocación inicial.

Con su inicial maestro Francisco Navarro Ledesma mantuvo una relación que “no reaparecerá jamás” (pág. 56), su vocación será solitaria. Es el retrato de un hombre ducho en lo mundano pero retraído, sin tuteos. Desde la alegría de una juventud seria (un chico brillante que ya era Ortega antes de ser Ortega) pasamos a

una madurez que va tendiendo una autoimpuesta concentración, la búsqueda de un gran libro, y el “entrañable amargor” (Gaos) de los 20 años últimos de su vida, marcados, claro, por la guerra. Pasaré a ofrecer unos pasajes que resumen bien el brillo del libro, extraídos de los tres capítulos antedichos: allá donde Ortega decae, donde su pétrea imagen se desequilibra, entra Gracia con páginas muy rotundas y clínicas.

En *Escribir a otra escala*, leemos, en torno al libro ansiado, sistemático, que el autor de *El tema de nuestro tiempo* empezó a necesitar y a prometer: “El lector más leal tuvo ante sí una y otra vez el respunteo del mapa potencial de un iceberg que nunca emergió, siempre todo aplazado y siempre lo fundamental por debajo de lo publicado, invisible pero trascendente. Ortega acabó perdiendo el control de ese mal hábito y estimuló sin darse cuenta el efecto contraproducente del desengaño o el descrédito, como les sucederá a un buen número de sus más leales lectores. (...) El iceberg sumergido seguía sumergido. Era injusto, desde luego, pero fue la consecuencia forzosa del anuncio una y otra vez de tantas cosas por hacer. Empezaba a fraguar la última y peor de las batallas, la de Ortega contra Ortega” (pág. 369). Ortega contra Ortega es el núcleo del libro. El drama del libro, cuya secuencia continúa en *El maremoto alemán*: como dije, Gracia no especula sobre la cercanía o lejanía de *Ser y tiempo*, donde Heidegger expone una filosofía familiar a la del español (en especial, su Sección I, en torno a la estructura de la “*Sorge*”, cura o cuidado). De hecho, es, en mi opinión, el mejor capítulo del libro (pese a que, como he anotado, el perfil del biógrafo anunciaba otras áreas donde lucirse). Precisamente porque aquí Ortega entra a juzgarse a sí mismo. Gracia y Ortega se imbrican en una voz densa, en un nervio común con horizonte de desencanto.

Habla Gracia: “Está pensando en la desprotección en que ha vivido su filosofía sometida a la prensa y resignada a perder el blindaje y el decoro de la filosofía técnica, forzado por la publicación seriada e imposibilitado para elaborar un lenguaje preciso para

tratar de cosas científicas. No hay disposición alguna a la claridad por escribir en la prensa; es lo contrario: ha sido un sacrificio y una renuncia que hoy empieza a pagar, o mejor, cree que empieza a pagar. La mortificación no está en exigirse claridad y llaneza, sino en la renuncia filosófica que el medio periodístico y España misma le han impuesto. Hoy su circunstancia subdesarrollada le excluye del primer mundo filosófico” (pág. 425). A esta exclusión, sigue otra, política, tratada en *En tierra de nadie*: “Pero el Ortega que se inhibe de la República en 1933 y 1934 no ha defendido ningún valor político impropio, ni se ha derechizado en el contexto de aquella república ni ha cortejado a la verdadera hidra autoritaria (porque su autoritarismo es, por decirlo así, de salón): se ha rendido por inepticia política, huye por incapacidad de empatizar o sintonizar con posiciones distintas de las suyas y hartísimo de las transacciones de la democracia parlamentaria” (pág. 495).

Y después de todo, *El verdadero secreto*. El Ortega inaccesible. Podemos citar las dos últimas frases del texto de un autor muy poco afín a Ortega. Así termina *Borges y yo*, de Jorge Luis Borges, en torno a lo público y lo íntimo: “Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro. No sé cuál de los dos escribe esta página”. Gracia es un datófago descomunal, pero también un retratista técnico en el sentido raciovitalista. Solo que no sabemos cuál de los dos Ortegases escribió aquellas cartas.



ÁLVARO CORTINA ES LICENCIADO EN FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA.  
DOCTORANDO DE FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.